

## JO LEVANTA CABEZA

La aborrecida giba que soportaba Jo detrás de su cuello tenía poco de literaria, sin embargo, en cierta manera, la había llevado a un exilio interior parecido al del célebre Quasimodo. La notó bien pronto, desde niña, porque le costaba cerrar los botones de su abrigo y este le caía por la espalda en extraños drapeados.

—Mírame por detrás la caída del abrigo, mamá —avisó bien pequeña.

Pero mamá no se apercibió de la deformidad de Jo que, año tras año, fue haciéndose notoria. Primero media naranja, después ya era como medio coco y, al final, a la altura de los trece años, ya era medio melón en forma de una protuberancia nada favorecedora.

No influía solo la deformidad en sí, la cual era pequeña en realidad, sino que la misma se había ido desarrollando en la mente de Jo junto con un terrible complejo, por lo que inclinaba aún más su cabeza y la nuca figuraba mucho más abultada que lo correspondiente a su anatomía. En tales circunstancias, se acostumbró a mirar al suelo, como quien trata de circular de incógnito sin conseguirlo.

—Debían haber traído antes a la niña, oigan. Los huesos ya están soldados y no se puede hacer nada —Jo salió de la consulta acompañada de sus padres, todos muy desanimados.

—Os lo dije, que ya pasaba de naranja. ¡Que me caía mal el abrigo!

Estaba tan disgustada que apenas probó bocado de los churros con chocolate que tenían por costumbre pedir en la pastelería favorita de la ciudad, establecimiento al que acudían siempre que iban al médico. Ese mismo día le compraron a Jo un corsé metálico a lo Frida Kalho, tal y como había aconsejado el médico, con el que sufrió pavorosamente durante un año entero y que no sirvió de nada.

—Mi pronóstico se ha confirmado. No hay otra cosa que hacer, salvo fisioterapia y balnearios para llevarlo mejor. Pero la niña se queda jorobada, oigan —volvió a sentenciar el galeno.

Los ejercicios y los estiramientos, sobre una mesa bien dura, le ocasionaron a Jo unos dolores tremendos y no modificaron en absoluto la parte trasera de su cuello. Tampoco las largas temporadas en los centros termales hicieron gran cosa, llegando la jovencita a la edad de querer gustar en un estado lamentable.

Jo necesitaba ropa a medida para ocultar la cerviz, un cabello rizado, largo y voluminoso, y sombreros, aunque no estuvieran de moda y le dieran un calor horrible. Todo ello con la intención de pasar desapercibida, y así era difícil gustar. Por eso su adolescencia fue una montaña rusa vertiginosa, con caídas abismales de encerrarse en sí misma y andar

como sonámbula de su casa a sus clases y a la inversa, además de soportar las mofas de los impertinentes.

—Mi tío me pidió que te pase el boleto de lotería por la joroba, que da suerte.

Fue lo que le dijo Marc, el chico que le gustaba, a la hora de la salida del instituto

—Marc, eres un estúpido —replicó Tomy, un muchacho tranquilo y bueno que, justamente por eso, parecía menos guapo.

Jo salió huyendo hacia su vivienda, y se encerró en su cuarto a mirar revistas de moda con los ojos emborronados por las lágrimas. Poco que ver con su hermana mayor, que iba para modelo y le caía el abrigo perfecto por detrás, ni con el novio de esta, que ya dirigía una sucursal bancaria y era bastante estirado. A base de comparaciones, que se le figuraban odiosas, se iba ganando un buen dolor de cabeza.

Cerró la revista y decidió no bajar a cenar, y quizá no volver a salir nunca de su cuarto. Viviría allí encerrada como Quasimodo en Notre Dame, sin derecho al amor ni al respeto de nadie. De improviso, se fijó en la contraportada de la revista que terminaba de cerrar, donde se anunciaba el prodigioso atelier de la modista señorita Parker, calle Pez Corredor, número uno, entresuelo.

Esa noche no probó bocado, a pesar de las reclamaciones de sus padres; pero determinó, en un impulso loco, presentarse a la mañana siguiente en la calle Pez Corredor a la desesperada. Acudió tan temprano que el taller de costura estaba vacío, y se sintió extraña por estar a esa hora en ese lugar, ya que jamás en su vida había hecho pellas por ningún motivo.

—¿Está esperando a la señorita Parker? ¿Tiene cita? No es posible atender sin cita —refunfuñó una empleada madrugadora que la escudriñó de arriba abajo.

—No importa, la atenderé de todos modos —dijo Parker, que acababa de llegar con una pinta impresionante a lo Grace Kelly, luciendo un pañuelo por tocado y gafas de sol, como recién venida de Capri cuando era pleno invierno en la ciudad.

—Espere en la sala de espera, como su propio nombre indica —dijo la empleada.

—Adelante —bramó Parker desde el interior un minuto más tarde.

La modista se había colocado una sencilla bata, un foulard y había dejado los rizos rubios al aire.

—Despójese de ese sombrero y de ese horrible uniforme, señorita...

—Me llamo Jo —respondió la joven frente a un espejo enorme.

—Tiene usted unos ojos deslumbrantemente bellos, señorita Jo, y unas piernas espectaculares. Veamos... Una lanilla verde a juego con sus ojos, con estampados amarillos color sol de invierno —Parker se arrebató a revolver hasta llegar al fondo de un baúl descomunal, sacó una pieza de género y la desplegó encima de la mesa.

Cortó con unas tijeras enormes una buena porción del tejido, lo dispuso sobre el cuerpo de Jo, y siguió dando tijeretazos aquí y allá en el paño hasta adaptarlo de una forma asombrosa al cuerpo de la muchacha.

—Páseme alfileres, oficiala —ordenó a su ayudanta y, al poco, había esculpido un vestido completo como lo hubiera hecho un Miguel Ángel de haber sido costurero.

—Póngase de perfil y bien derecha, bien derecha —repetía y repetía Parker.

La modista comenzó a propinar suaves palmadas sobre el melón de la espalda, que pronto pasó a ser medio coco, luego media naranja, y después tan solo una leve prominencia inapreciable al ojo humano; por último, le dio un coiletero.

—Levántese el peinado, que se vea su cuello de cisne, que alumbre su mirada desde lejos. Esas piernas, a pisar bien fuerte. Mañana venga a por el vestido.

La empleada se sentó a coser como una descosida, mientras la joven se enfundaba de nuevo su uniforme.

—Peinado levantado, señorita Jo —y Parker arrojó el sombrero por una ventana que daba al patio de luces soltando una risotada—. ¡Hasta mañana!

La clienta abandonó el taller y bajó las escaleras del entresuelo al portal en dos zancadas, como si sobrevolara los peldaños. Tenía ganas, por primera vez, de no pasar desapercibida. Corrió al banco de su futuro cuñado, y se lo encontró en su puesto ante el ordenador.

—Quiero abrir una cuenta corriente con un euro —solicitó ella, y él tecleó una montonera de códigos y permisos para ser tan solo un euro; por fin, le dio el comprobante.

—Aquí tienes tu nueva cuenta —y se quedó mirándola sorprendido—. Como que has crecido, ¿no? Has dado el estirón.

Terminado el trámite, dejó la oficina y caminó ágil por las calles, que lucían recién regadas y brillantes al sol naciente. Pasó por las inmediaciones de su casa y saludó a su madre, que en ese momento limpiaba los cristales, batiendo los brazos como si acabara de llegar de un viaje muy largo y penoso por el continente en ruinas que había sido su pasado.

Apareció en un soplo en el instituto, cuando los alumnos descansaban entre clase y clase y abarrotaban los pasillos. Pasó delante de Marc, el cual ya no le gustaba, y le obsequió con una sonrisa espléndida.

—No voy a darle suerte a tu tío en adelante —le dijo bien alto, y vislumbró al fondo a Tomy, se lanzó hacia él y le plantó un beso como no se había visto igual en aquel instituto.

—Mañana vamos al cine, Tomy. ¡Que estreno vestido!